

Furioso y desaforado

Vicente Araguas
1 junio, 2002

Las cosas como fueron
FRANCISCO NIEVA

Espasa Calpe, Madrid, 662 págs.

Hombre múltiple, también exagerado (como su paisano Almodóvar) y un punto desaforado, y cójase este adjetivo *también* en su sentido primitivo, Francisco Nieva fue elemento decisivo en la escena española de los años setenta y ochenta. Tiempos, por otra parte, en los que la novedad de un país libre (al menos de elementos represores externos, que los internos ahí siguen estando, y tampoco parecen que tengan intención de irse) incitaba a buscar cosas diferentes, ajenas a la rutina y al tono gris ambiental impuestos por la dictadura. Algunos de sus oponentes llevaban *in pectore* los mismos estigmas de los por ellos criticados, aunque bien diferente es el caso de Nieva, artífice del llamado teatro *furioso*, pero además escenógrafo radical y, entre medias, dibujante, articulista, teórico de una cierta provocación. Tanto tiempo después Francisco Nieva, desde hace años académico, nos cuenta su versión de la película en un grueso volumen titulado *Las cosas como fueron*, título que, por cierto, mereció la ira del poeta Eloy Sánchez Rosillo, quien lo había utilizado con anterioridad en un libro suyo. Pero para los títulos, sospecho, no hay *copyright* que valga y aviados estábamos en caso contrario. Grueso volumen, decía, y nada espeso, pero que exige un cierto conocimiento de la obra de Francisco Nieva para no perderse demasiado en un tercio de sus páginas (que en conjunto superan holgadamente las seiscientas). Esto, el conocer previamente lo escrito o lo llevado a cabo por el autor, pudiera no ser necesario en memorias menos técnicas (así las de Jesús Pardo o Adolfo Marsillach), más *al bulto*. Las de Francisco Nieva, al contrario, prefieren entrar en aspectos profesionales por encima de todas las cosas, aun sin desdeñar otros, evitando los ajustes de cuentas, lo que tampoco las convierte –insistamos– en pura asepsia. Sin embargo, justo es advertir que quien

busque aquí zurriagazos al por mayor se quedará con un palmo de narices. Ni siquiera Eduardo Haro Tecglen, el mayor damnificado de *Las cosas como fueron*, en su papel de *zoilo* inmisericorde y pope de la crítica teatral española durante la transición y los primeros tiempos del felipismo, es merecedor de un trato cruento. Por lo menos no lleva más zurra que las que Nieva administraba a su gato Pomelo (que no Poncelo como inadvertidamente señala el índice). Un índice que confunde al director de cine Ricardo Franco con el dictador Francisco Franco, o a Synge con Singer, cierto que en este caso haciéndose eco de un palmario error niveano (págs. 383 y 426). Con todo, la venganza de Francisco Nieva, si la hubiera, contra Eduardo Haro Tecglen, está en las brillantes páginas (583-585) que dedica a su hijo, Eduardo Haro Ibars, una de las víctimas de ese mal de la modernidad que fueron –y siguen siendo– las drogas, y Francisco Nieva, hombre desafortunado ya se ha dicho, asegura haber experimentado con algunas de ellas, bien que sin haber pegado el siniestro peaje que hubieron de aportar algunos de sus más jóvenes amigos. Entre ellos los Panero, quienes también cruzan por estas páginas, alguno –Juan Luis– sin excesivo cariño, quedando Leopoldo María en su sitio adecuado cuando Nieva dice de él: «Algunas antologías lo han de tomar en cuenta, pero su estética puede ser un lío de imprecisión para quien intente ponerla en limpio» (pág. 346). Por cierto que algunos de los mejores momentos, literariamente hablando, de este libro se encuentran en la exposición que Nieva hace de la visita fantasmal hecha por Leopoldo María al umbral de su casa. Una visita que en ningún momento se llega a concretar y que tiene todo el ambiente de un relato gótico: los biógrafos del segundo de los Panero harían bien no desdeñándola (pág. 345). Y si Nieva no se reprime a la hora de hablar de los paraísos artificiales, menos lo hace al tocar los naturales, es decir aquellos suministrados por el cuerpo, solo o en contacto con otros, sin necesidad de recurrir a sustancias extrañas. Y entonces aparece la realidad bisexual en el autor manchego, quien nos ilustra sobre ella sin recurrir a interpretaciones torticeras. Nieva, casado con Ginette Escande, y el retrato de ésta es bastante piadoso, devana en sus memorias el ovillo de una bisexualidad aparentemente gozosa, y en la que (y ahora aparece un conejo que estaba bajo la chistera) le había precedido su apuesto y ambiguo padre, presente (al igual que la madre) en este volumen en el que las circunstancias familiares se nos evitan más allá de lo inevitable. Tomen nota, digámoslo una vez más, los memorialistas que aburren a las ovejas con sus historietas familiares de dudoso interés sino para ellos mismos. Ahora bien, los padres de Nieva, cual hilo sutil, vuelven guadiánicamente para ilustrar determinadas situaciones y reflexiones. Algo semejante a lo que ocurre con Carlos Edmundo de Ory, un ser definitivamente *raro* en el páramo de la posguerra, y con el que Nieva compartió vivencias y viviendas antes de su marcha a París. Un París que en este libro se descuelga hasta 1968, vivido por Nieva desde una óptica sabiamente escéptica (como la guerra civil, que a Nieva, por manchego, le tocó vivir en el bando republicano del que aquí se trazan unos apuntes bien poco hagiográficos). Porque *Las cosas como fueron* quiere ser, en la medida de lo posible, un retrato y al tiempo un retablo objetivos de un tiempo y un artista excesivos (y no todos los tiempos, y menos los artistas, lo son). Adobado con un excelente estilo en el que las pausas desempeñan un papel importante para que el grueso volumen no se convierta en materia indigesta. Los parciales del teatro, primeros destinatarios del libro, hallarán además toda una teoría acerca de qué cosa es éste, e incluso los detalles técnicos de cada obra de Francisco Nieva, sin olvidar su génesis. También el análisis humano de los actores que en ellas participaron. Y, por supuesto, esa definición del hecho y circunstancia –seguramente también pompa– teatrales que abre el volumen: si en principio era prosa, Francisco

Nieva, aconsejado por Carlos Bousoño, la transformó tipográficamente en verso. Y los dos acertaron.